

SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

Se prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de su religion, por el cumplimiento de las profecias del Testamento antiguo, que dicen órden á la venida del Mesias.

Et ait illis Jesus: utique dicetis mihi hanc similitudinem: medice, curate ipsum.

Y les dijo: sin duda me direis esta semejanza: médico, cúrate á ti mismo.

Luc. cap. IV, v. 23.

Es imposible, señores, concebir una ceguera mas espantosa que la del pueblo judío. ¿Cuáles son las obras en que se ejercita el Salvador durante los tres años de su predicación? El Evangelio nos lo declara, diciéndonos que evangelizaba á los pueblos, sanaba á los enfermos, lanzaba á los demonios y daba vida á los muertos. Nazareth, que tuvo la dicha de darle nombre: Nazareth, que por espacio de treinta años tuvo ocasion de observar las grandes virtudes del que creia hijo de José el carpintero, fué el pueblo mas in-

grato para Jesus. El divino Reparador viene de Galilea haciendo participantes de sus bondades y beneficios á todos aquellos que á él se acercaban implorando su misericordia, y el mudo, y el ciego, y el tullido, y el poseido del demonio, y todo el que sufría, encontraban en Jesus el remedio de su necesidad. No obstante tantos prodigios, es mal recibido en su patria. En ella no habia obrado los prodigios que habia hecho en Cafarnaum, y por lo tanto, ellos se habian llenado de envidia y de soberbia. No era necesario que ellos mostrasen al Salvador el origen de sus resentimientos. El que entre ellos se presentaba registraba con su penetrante mirada hasta los mas ocultos secretos de sus corazones. Por esto adelantándose el Salvador y saliendo al encuentro de lo que ellos pensaban, les dice: «Sin duda me direis esta semejanza: médico, cúrate á tí mismo: todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hicistes en Cafarnaum, hazlas tambien aqui en tu patria. En verdad os digo que ningun Profeta es acepto en su patria. En verdad os digo, que muchas viudas habia en Israel en los dias de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses: cuando hubo una hambre terrible en toda la tierra. Mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta, mas ninguno de ellos fué limpio de la lepra sino Naamán de Siria. Los de la Sinagoga se llenaron de ódio al escuchar estas palabras, y levantándose echaron á Jesus fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Mas Jesus pasando por medio de ellos se fué.» Tal perfidia hubiesen llevado á efecto aquellos

mismos que eran sus paisanos, si Jesucristo, como dice San Ambrosio, no hubiera con su poder dejado sin acción á sus perseguidores, retirándose de entre ellos.

Tales, mis hermanos, el testo evangélico de este día que me mueve hacer serias reflexiones, no tanto de aquel pueblo judío que con desprecios y ultrajes pagára al Señor repetidos beneficios, y que por último le conduce al monte para precipitarle; no de ese pueblo que mas tarde habia de convertirse en sacrilego y deicida sacrificando á la divina víctima, al Cordero inmaculado, sino mas particularmente á otro pueblo mas favorecido que el primero; al nuevo pueblo á quien Jesucristo entregó su mismo cuerpo como en depósito, y con su cuerpo su sangre y con su sangre su divinidad. Hablo del pueblo cristiano que nosotros componemos, de los que hemos sido llamados á componer la Iglesia de Jesucristo. ¡Quién lo creyera!.. En medio del cristianismo hay hombres tan ciegos como los israelitas, que sabiendo los prodigios obrados por Jesucristo, todavía llenos de envidia y arrastrados por la soberbia le escarnecen, y aun quisieran si posible les fuera, despeñarle desde lo mas elevado de un monte. Pues bien, incrédulos modernos, Jesucristo os dice como á los israelitas, penetrando vuestros mas ocultos pensamientos: *Utique dicetis mihi hanc similitudinem, medice, cura te ipsum*. Sin duda me direis: médico, cúrate á tí mismo. Pues bien, yo os digo que padeceis y que sufrís, que experimentais calamidades por vuestra perversidad; porque no sois dignos de mis bondades.

A la incredulidad voy, pues, á dirigir mi discurso, y para hacer conocer sus errores al incrédulo, si por

dicha mia alguno me escuchase, voy á probar «la divinidad de Jesucristo y la verdad de su religion por el cumplimiento de las profecías del Testamento antiguo que dicen orden á la venida del Mesías.» Tengo propuesto el asunto del discurso y objeto de vuestras atenciones. Falta tan solo que me ayudeis á impetrar los superiores auxilios que me son necesarios para desempeñar con acierto mi santo ministerio. Hagamos esta súplica por la poderosa mediacion de María Santísima, saludándola reverentes y humildes con las expresiones del ángel. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

La historia de los sucesos acaecidos desde la venida del Mesías hasta el establecimiento de nuestra religion augusta, no solamente puede leerse en el Evangelio sino hasta en las páginas del Testamento Antiguo, toda vez que las profecías en él contenidas hanse cumplido en la persona de Jesucristo. ¿Y cómo es me direis, que los doctores de la sinagoga no reconocieron en Jesus al Mesías, puesto que estaban instruidos en las Escrituras? Ved ahí, hermanos míos, la ceguedad de los israelitas: ellos es verdad que leían los libros de los profetas, pero los interpretaban á su antojo, y de aquí el no reconocer como libertador al que habia nacido en un estado de suma pobreza, y habia reclinado su cabeza sobre humildes pajas. Ellos figurábanse que el nacimiento del Mesías habia de ser acompañado de un fausto y grandeza cual convenia á un tan gran monarca: hablaban de su reino como si fuera un reino temporal.

Abandonemos por ahora al olvido á ese pueblo

pérfido y cruel; registremos las páginas del Testamento Antiguo, y veamos sus predicciones en orden á la venida del Mesías, para ver despues quanto nos dice el Evangelio; y el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo nos hará conocer su divinidad y por consiguiente la verdad de su religion.

Yo estoy altamente satisfecho de la fé que distingue á la mayor parte del concurso que me escucha; no hago empero agravio á vuestra acreditada piedad por más que me haya propuesto dar un giro especial al discurso de este dia, porque ¿no podrá haber entre nosotros alguno que habiéndose dado á leer las obras de los detractores de Jesucristo y su religion, haya caido en la tentacion de dudar de la divinidad del Autor y de la verdad de la obra? Por otra parte y siendo hoy por desgracia tan frecuentes los asaltos de la impiedad, á ninguno estará demas el poder contèstar á los sofismas de la incredulidad.

Poco fué el tiempo que nuestros primeros padres conservaron en el Paraiso la inocencia en que habian sido criados. Eva que por insinuacion de la serpiente astuta habia quebrantado el único precepto que el Hacedor Supremo les impusiera, persuadió á Adán á ser tambien desobediente, poniendo en sus lábios el bocado, tósigo funesto para ellos y para toda su posteridad. Efectuado el crimen, el eco de la voz de Dios resuena por entre los arbustos del jardin de Edem, y los que ya eran prisioneros del demonio oyen al par que la sentencia de sus castigos, una promesa solemne de que serán rotas las cadenas de la ominosa esclavitud en que quedaba sepultada la humanidad. «Pondré enemistad, dice Dios á la serpiente, entre tí y la mujer, y entre tu rama y la suya: ella quebranta-

rá tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcáñar (1).» Esta, señores, es la primera profecía que encontramos, que lleva envuelta la oferta de un reparador de la humanidad. Por mas que ella sea de oscura inteligencia, basta reflexionar sobre cada una de sus palabras para venir en conocimiento de que es un anuncio del Mesías. ¿Quién es el que hace resonar su voz en el Paraiso? ¿A quien se dirige esta voz? El que habla es un Dios Criador, justamente agraviado por la ingratitud de aquellas dos criaturas, á las que dotándolas de los grandes bienes é inestimables riquezas de su gracia, les habia constituido en monarcas de la naturaleza. Viviendo con entera libertad eran compañeros: pero ni el hombre estaba sujeto á la mujer ni ésta al marido. La sujecion impuesta á la mujer con respecto al marido fué pena de su pecado (2). La voz, pues, se dirige á la serpiente. El primer sentido de las palabras del Señor mira á la serpiente natural, que se ve arrastrada por tierra, y cuya vista no puede menos de horrorizar al hombre. Pero este sentido, segun los Espositores, no es mas que un velo que encubre otro mas elevado: dirijese al demonio, que habia tomado la figura de serpiente para engañar á Eva, haciéndola caer en el lazo que la preparaba su astucia. Esto es en quanto á las palabras con que el Señor maldice á la serpiente. ¿Cuál será, pues, el sentido de las palabras de que ya hemos hecho mencion, y que hemos señalado como primer anuncio ó profecía en orden á la venida del Reparador?

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Gén. cap. III, v. 15.

(2) D. Aug. De Génes. ad lit. lib. XI, cap. 37.

Tú has engañado á una mujer ; pero yo suscitaré otra cuyo Hijo será la cabeza de un nuevo pueblo , que te declarará perpétua guerra y enemistad.

Señores , por oscura que parezca la profecía del Paraiso , ello es una verdad que su sentido está admitido desde la mas remota antigüedad , y hasta los mismos paganos conservaron siempre la idea de un Mesías. Asi lo afirma un escritor de la mayor nota (1). Aquí , señores , no puedo menos de hacer una digresion para admirar la gran bondad y misericordia de Dios para con sus criaturas. Para el hombre crió cuanto de hermoso y bello nos presenta ese cuadro encantador que llamamos naturaleza. Ni el agua , ni el aire , ni el fuego , nada podia conjurarse contra el hombre : ni las fieras se habian revestido de ferocidad para perseguirle , ni tenia cosa alguna que temer. Peca , ofende al que le formara de la nada. ¿Y no podia haber destruido aquel hombre y haber formado otro nuevo , que le hubiera sido mas fiel que Adan? ¿No podia?... No investiguemos los secretos de la sabiduría de Dios , y adoremos rostro en tierra su gran bondad , su admirable misericordia. Apenas peca el hombre cuando ya le ofrece la redencion , ya se dispone á lavarle con una sangre de valor infinito. ¡Gloria sea dada á Dios , que asi amó siempre á las criaturas!

Mas sigamos registrando las páginas de la Escritura y leyendo el curso de las profecías que anuncian nuestra libertad. En el mismo libro de Génesis se leen estas palabras dirigidas por Dios á Abraham: «Sal de tu tierra , y aléjate de tu parentela y de la casa de tu padre , y dirígete á la tierra que te mos-

(1) Frayssinous refiriéndose á Boulanger. Antiquité dévoilée.

»traré y te haré cabeza de un gran pueblo , y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendito...
 »Y EN TÍ serán benditos todos los linages de la tierra...
 »En tu simiente SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra porque has obedecido á mi voz (1). Jacob estando para morir anuncia terminantemente , «que no será quitado el cetro de Judá , hasta que venga el que ha de ser enviado , el cual será la espectacion de las gentes (2).» Aquí tenemos ya señalada la época del nacimiento del Mesías , por mas que los judíos pretendan dar otro sentido diverso del que en sí tiene esta profecía. Hablo , señores , de los judíos modernos , pues que los antiguos adoptaron la misma explicacion que los católicos hacemos de ella. Pero ciegos los contemporáneos de Jesucristo , para reconocer en él los caracteres marcados en las profecías , no estraño que sus sucesores se valgan de todos los ardides que les sugiere su imaginacion para apoyar sus errores. La causa judía es una causa desesperada , una causa perdida , en cuyo apoyo solo pueden presentarse débiles sofismas.

Continuemos nuestro propósito y para ello detengámonos en registrar el Salterio del real profeta David , que guiado por luz celestial y divina , veia á través de los siglos al Mesías que habia de salvar á la humanidad : guiada su pluma por una fuerza superior

(1) Dicit autem Dominus ad Abram: Egrede de terra tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi. Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum, et erisque benedictus. Benedicam benedicentibus tibi, atque in te benedicentur universæ cognationes terræ. Genes. XII, v. 1, 2 y 3. Et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ, quia obedisti voci meæ. Ibid. XXII, v. 18.

(2) Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium. Gén. capitulo XLIX, v. 10.

canta admirablemente las glorias que habian de acompañar á Jesus en su nacimiento. No; seguramente no se podrá objetar que son oscuras é incomprensibles las profecías que vamos á esponer y que encontramos en los salmos. Y desde luego el salmo LXXI que es profético, todo conviene á Jesucristo: en él declara la felicidad de su reino, y la voluntaria sujecion de todos los pueblos á su doctrina. «Juzgará, dice, á los pobres del pueblo, y hará salvos á los hijos de los pobres y humillará al calumniador (en sentido alegórico es el diablo)... En los días de él nacerá justicia y abundancia de paz, y dominará de mar á mar: en su presencia se postrarán los de Ethiopía y sus enemigos besarán la tierra. Los reyes de Tharsis y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes y le adorarán todos los reyes de la tierra, y le servirán las naciones, y él dispensará sus beneficios al pobre y al desvalido.» Basta, señores, pues no creo que haya quien no vea claramente en las espresiones que acabamos de citar, los caracteres que solo convienen á Jesucristo.

Si ahora nos propusiéramos hacer mencion de todas las profecías de Isaías, en orden al Mesías y su reino, nos escederiamos con mucho de los límites á que debe reducirse un discurso oratorio. Empero citaremos algunas cuya claridad conoceréis á primera vista. Que Jesucristo habia de nacer de una Virgen, y que habia de llamarse Emmanuel lo declara por estas palabras: «Hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo y será llamado Emmanuel (1).» En otra parte habla del nacimiento del Señor con estas espresiones:

(1) Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isai. cap. VII, v. 14.

«Nos ha nacido un niño y un hijo se nos ha dado y el principado ha sido puesto sobre sus hombros y será llamado su nombre, admirable consejero, Dios fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de paz. Se establecerá su imperio y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el sòlio de David, y sobre su reino: para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre (1).» Unámonos ahora varios versos de diversos capítulos de este mismo profeta y veamos de un solo golpe de vista sus principales predicciones. «En los últimos días, dice, estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes. E irán muchos pueblos y dirán. Venid y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalem... Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones y solo el Señor será ensalzado en aquel día, porque los ídolos serán de todo desmenuzados... Regójate, pues, estéril que no pares, canta alabanzas, porque son muchos mas los hijos de la que era desamparada que de aquella que tiene marido. Ensancha el sitio de tu tienda y extiende las pieles de tus pabellones, no seas escasa; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas, porque te estenderás á la derecha y á la izquierda y tu prole poblará las ciudades desiertas; pues será tu dueño y esposo aquel que te ha criado, que reinará en tí: el Señor de los ejércitos es su nombre y tu Redentor el

(1) Ibid. cap. IX.